

Edgar Roy Ramírez B.

Tecnología y calidad según Robert M. Pirsig¹

La tarea es ampliar nuestra razón para hacerla capaz de comprender lo que, en nosotros y en los otros, precede y excede a la razón
(M. Merleau-Ponty)

...cambiar la tecnología de modo que sirva al hombre en lugar de destruirlo requiere principalmente un esfuerzo de imaginación y un abandono del temor
(E. F. Schumacher)

Summary: Robert M. Pirsig falls within the literary tradition of philosophy of technology initiated by Samuel Butler.

This paper explores some interrelationships among the concepts of "technology", "rationality" and "quality" and some of the conceptual tensions as present in his book Zen and the Art of Motorcycle Maintenance.

Resumen: Robert M. Pirsig es un exponente literario de la filosofía de la tecnología en la tradición iniciada por Samuel Butler.

En este artículo se exploran los conceptos de "tecnología", "racionalidad" y "calidad" en algunas de sus interrelaciones. Se destacan algunas de las tensiones conceptuales presentes en su obra Zen and the Art of Motorcycle Maintenance.

La novela *Zen and the Art of Motorcycle Maintenance* ofrece una perspectiva poco habitual entre los autores que se ocupan de la tecnología como objeto de reflexión. Se interesa en las dimensiones que surgen cuando alguien es capaz de reparar o darle mantenimiento a la motocicleta, la que a su vez puede tomarse como una metá-

fora para toda la tecnología. Un artefacto tecnológico abre la ventana para un enfoque que analiza la racionalidad, los valores, las formas de filosofía, formas de vida con un punto de vista que mezcla las visiones de un artista, de un científico, de un filósofo y de un sabio.

Según Pirsig la motocicleta permite una visión y una conciencia del paisaje sin perturbaciones, sin distorsiones, porque no hay ventanas que enmarquen el paisaje, como sí ocurre con el automóvil; se está en una mayor cercanía con la carretera dado que no hay un piso que aisle. En motocicleta se es parte del paisaje, no hay distanciamiento. De la misma manera, Pirsig nos va haciendo partícipes de sus reflexiones tratando de reducir al mínimo el distanciamiento entre temas a ratos bastante abstractos y la vida cotidiana, en algún sentido nuestra vida cotidiana.

En primera instancia cabe plantearse el tema de las actitudes frente a la tecnología. Un momento inicial es lo que Pirsig llama la "huida de la tecnología" (p.14). Los Sutherland, sus compañeros en una etapa del viaje en motocicleta, rechazan afectivamente la tecnología. Se van al campo, buscando el aire fresco y el sol, en motocicleta: utilizan un objeto tecnológico para

huir de la tecnología. El rechazo se manifiesta porque se resisten a saber cómo darle mantenimiento y aún a discutir el tema, su idea es que funcione sin tener que ocuparse de ella. Pero la actitud no es consistente, porque se mezcla con una aceptación no explícita por cuanto se la utiliza para huir de la ciudad y sus trampas tecnológicas; y, se ven en la imposibilidad de renunciar a la tecnología como proveedora de vida: la vida en la ciudad sería imposible sin la tecnología. Viven con la tecnología y la dan por supuesta mientras funcione. La tecnología parece parte del entorno mientras no ofrezca resistencia, no se repara en ella hasta que no aparezcan los problemas de funcionamiento.

Se da, por un lado, la dependencia de la trama que hace posible una vida llevadera, sin exposición a los altibajos del clima, la tecnología provee seguridad; y, por otro lado, se condena a su vez a la tecnología. Poca posibilidad de una posición intermedia: se detesta aquello de lo que se depende.

Pirsig considera que la condena total de la tecnología es ingratitud (p.41) por cuanto la vida tal como la conocemos, sobre todo en la ciudad, no se daría sin tecnología. El sostenimiento de la vida, los mecanismos de sostenimiento de la vida, están provistos por manifestaciones tecnológicas. La casa es un enjambre de manifestaciones tecnológicas.

Ahora bien, de una actitud de gratitud o reconocimiento de la tecnología, no puede seguirse que cualquier despliegue tecnológico ha de ser aceptado como una bendición. Una actitud crítica no excluye la gratitud como tampoco acepta la inevitabilidad. Valorar la tecnología supone ponerla en perspectiva, apreciarla en lo que vale sin exageración y sin disminución. Hacer otra cosa es confundir la gratitud con idolatría.

También cabe ocuparse de la tecnología manteniéndose distante, desligado, sin identificación, sin involucramiento, sin prestarle suficiente atención (p.24). No hay esmero, cuidado involucramiento (care). El cuidado no es gratuito o espontáneo, se opone a la actitud espectadora, distante, que no logra involucrar intelectual y emotivamente, que separa a la tecnología del creador y del usuario. Esta actitud se manifiesta en los manuales de instrucciones. Es la tecnología aislada. Pirsig le opone el cuidado, el esmero, porque para superar el aislamiento es preciso conceder valor o importancia a lo que se hace, es preciso hacer converger armoniosamente emoción e intelligen-

cia, sensibilidad y razón. Tal actitud diferencia a los buenos tecnólogos de los malos tecnólogos.

En este contexto de las actitudes respecto de la tecnología, Pirsig contrasta la actitud de unos finqueros con su nueva camioneta con la de los Sutherland (pp.40-41). Los finqueros valoran la tecnología, aprecian su camioneta, su lavadora, su tractor. Se relacionan con la tecnología no solo por el uso, sino que además, cuentan con herramientas para darles mantenimiento. Aquí quiere resaltar Pirsig que el poder arreglar da una cercanía y una familiaridad especiales: la tecnología no es algo ajeno, amenazador. Pirsig llega a afirmar que los finqueros aprecian la tecnología sin necesitarla tanto, ya que son los menos expuestos si la trama tecnológica dejara de funcionar o desapareciera. Saldrían adelante. Aunque esto es claro en el contraste entre la gente de campo y la gente de ciudad, es, no obstante, difícil ver cómo un finquero, un "campesino" acostumbrado a una agricultura sumamente tecnologizada pueda sobrevivir, ya que quizá ya haya perdido el conocimiento pretecnológico y no se imagine una vida destecnologizada o con tecnologías tradicionales. Lo que sí es obvio es que el campo depende menos que la ciudad de la tecnología, pero el grado en que depende puede ser tan importante y proporcional al grado que depende la ciudad. Es posible, entonces, que un cierto nivel de bienestar no se alcanzaría sin tecnología aunque no baste la tecnología para lograrlo.

La tecnología no había sido explícita y conscientemente cuestionada por algunos de sus efectos, porque los saldos positivos en relación con la producción de alimentos, vestimenta, vivienda habían opacado los resultados negativos ("accidentales" los denomina Pirsig). Mientras la preocupación fuera conseguir tales bienes, la reflexión en torno a la tecnología se redujo a verla como instrumento para lograr la satisfacción de necesidades básicas (p.149). Esta es la situación típica en este momento de los países subdesarrollados. Por lo apremiante de la situación no hay percatamiento de que la tecnología no se reduce a la instrumentalidad y de que sus repercusiones no son sin más positivas. La urgencia a veces no permite ver claro. Empero, también es cierto que hay que abonarle a la tecnología tales logros.

Ahora bien, después de cruzado cierto umbral se torna casi inevitable que nos interroguemos sobre el precio que se paga por satisfacer las necesidades materiales. El agradecimiento no

puede excluir la dimensión crítica de análisis y evaluación. ¿Tiene que haber dolor, despojo, empobrecimiento? ¿Debemos sufrir siempre -se pregunta Pirsig- espiritual y estéticamente a fin de satisfacer las necesidades materiales? Se podría pensar que el precio pagado ha sido una cuestión más bien de hecho que de derecho, que lo histórico podría haber sido de otra manera y, sobre todo, que no tiene por qué seguir siendo como ha sido, para que no haya sufrimiento a cambio de satisfacción de necesidades. Es obvio que este cambio ha de hacerse conscientemente.

La tecnología parece mostrar un rostro ambiguo. Por un lado, la tecnología de la producción ha modificado las ciudades y las ha hecho hostiles. Los seres humanos parecen estar al servicio del funcionamiento de la tecnología, la mayoría de las veces sin entenderla. Y quienes sí la entienden, los tecnólogos, y la hacen funcionar hablan en un lenguaje especializado que torna distante a la tecnología y no genera familiaridad. Por otro lado, la tecnología puede ser objeto de reflexión y contemplación de la misma manera que un objeto natural, lo bello también puede estar en lo artificial. El circuito de una computadora digital, las marchas de una motocicleta al igual que la cima de una montaña o los pétalos de una flor pueden provocar sentimientos contemplativos así como esfuerzos reflexivos (p. 16). Lo natural no es sin más superior o inferior a lo artificial, ni lo artificial está devaluado por el mero hecho de no ser natural ni sobrevaluado por ir más allá de las posibilidades naturales.

Como vemos, no se trata de aceptar la tecnología tal como se nos da. Ahora bien, una perspectiva diferente respecto de la tecnología, que supere la idolatría o el aborrecimiento, puede contribuir a construir las dimensiones positivas de la tecnología cuando no se le ve como una fuerza avasalladora, ineluctable, sino resultado de decisiones humanas y en respuesta a aspiraciones igualmente humanas.

Si el arte de reparar o darle mantenimiento a la tecnología se generalizara, la tecnología sería vista de manera diferente, habría mayor familiaridad o menor distanciamiento. ¿Por qué habla de "arte" el autor? Me parece que Pirsig utiliza el término "arte" para dar o entender por lo menos dos ideas, a saber, la creatividad involucrada y, por ello, la ausencia de reglas fijas. Aunque tal arte es un ejercicio noble de la racionalidad, la racionalidad dista mucho de convertirse en la

aplicación de pasos tipo receta que algunas versiones del método científico sugieren. La versión que da Pirsig del método científico más que una serie de pasos que podría llevar a cabo una computadora (lo que haría la tarea del conocimiento fácil y tediosa), apunta más bien a una labor de vigilancia crítica del conocimiento: "el objetivo propio del método científico es asegurar que la naturaleza no nos ha llevado a pensar que conocemos algo cuando realmente no lo conocemos" (p.94).

Lo interesante del enfoque de Pirsig es que relaciona la racionalidad con cuestiones cercanas -como reparar la motocicleta- y, no la restringe a las grandes teorías. Por ello, reparar la motocicleta o cualquier otro objeto tecnológico² es un proceso racional, en el que se establecen hipótesis y se ponen a prueba: "un mecánico que suena el pito para ver si la batería funciona está informalmente llevando a cabo un verdadero experimento científico" (p.95); un proceso en que se trabaja con conceptos abstractos ("precisión") y con relaciones causales. La motocicleta es transparente a la razón.

Por otro lado, la razón también genera instituciones (pp.87-88). Por ejemplo, la fábrica. Una finalidad exige unos medios. El problema es que a veces los productos se desorbitan. El que la gente haga tareas tediosas, rutinarias sin sentido aparente, día tras día, sin prestarle la menor atención, sin cuestionarse (aunque pagando un precio), tan solo porque así se lo exige la organización de la fábrica, es un caso de tal desorbitación. No hay responsabilidad ubicable: no hay quien lo planea, quien lo quiera conscientemente, el sinsentido se va generando quizá porque "la ecología de la acción nos muestra que, una vez dentro del mundo social, nuestras acciones son implicadas en un juego de interacciones/retroacciones en el que son desviadas de su sentido, tomando en ocasiones un sentido contrario". Parece haber cierta inercia con el cómo son las cosas porque se han venido dando de esa manera, porque así han evolucionado, sin que su concreción actual fuera pensada por alguien a quien atribuirle la responsabilidad. El sinsentido parece funcionar mientras no se agoten las posibilidades productivas de la fábrica.

Nada se logra, según Pirsig, reaccionando en contra de los productos de la racionalidad. El problema no se soluciona destruyendo la fábrica o rebelándose contra un gobierno, ya que el ataque

se concentra en los efectos y no en lo que le dio origen. El verdadero villano es la racionalidad en una de sus funciones, contra ella ha de ir dirigida la rebelión. Si no se revisa o replantea la racionalidad, esta volverá a producir los mismos frutos, esta volverá a producir instituciones muy semejantes a las cuestionadas porque no se cambian las formas de proceder, los patrones de pensamiento y acción se mantienen, entonces las mismas creaciones vuelven a surgir.

Aún más, según el autor la causa de las crisis sociales radica en la racionalidad (p.102). Por ello, es preciso replantear la racionalidad porque la racionalidad en sus manifestaciones actuales no es conducente a un mundo mejor. Más bien parece alejar a la sociedad de tal mundo. No conduce, extravía. Considera Pirsig que tales manifestaciones o modos de la racionalidad surgieron vinculados a la producción de alimento, vestimenta y vivienda. Pero una vez satisfechas tales necesidades se nota la insuficiencia de la racionalidad. No es productora de sentido para quienes han satisfecho sus necesidades primarias de sobrevivencia. Por ello, se le evalúa como emocionalmente hueca, estéticamente carente de sentido y espiritualmente vacía.

Para salir de tal embrollo es preciso buscar una forma de pensar unificadora que vaya más allá de los problemas generados por los modos particulares de ver la tecnología y de ver la realidad. Una comprensión distinta y abarcadora para reorientar las soluciones, para que no haya más tecnología si no la acompaña una mayor sabiduría.

En esta reflexión en torno a la racionalidad, Pirsig se plantea (p.112) si tiene sentido hablar de progreso si las guerras altamente tecnologizadas continúan con sus claros resultados de matanzas en masa; si el deterioro del entorno es notoria; si la dignidad humana está en entredicho; si una buena mayoría lleva una existencia mecanizada.

Hay respecto del pasado por lo menos tres actitudes: 1-todo tiempo pasado fue mejor; 2-todo tiempo pasado fue tan malo como el presente; 3-todo tiempo pasado fue peor. Pirsig se enfrenta a la primera y presenta, a su vez una versión atenuada de la última. Se idealiza el pasado cuando no se toma en cuenta que las posibilidades de libertad son mayores en las sociedades modernas, que las guerras se hacían con menos justificación moral, que la tecnología productora de desechos también puede encontrar medios ecológicamente sensatos de deshacerse de estos (una solución tec-

nológica para un problema de origen principalmente tecnológico). Contrario a lo que plantea Pirsig, es difícil ver el mayor nivel de justificación moral de algunas guerras modernas, algunas parecen tan arbitrarias como las de tiempos pasados, amén de su mayor destructividad. En la idealización del pasado, según Pirsig, también se olvidan las condiciones tan difíciles de mantenerse en la existencia dadas las amenazas constantes de enfermedad, hambrunas, trabajo excesivo, dolor. Frente a tal descripción la vida moderna puede verse como un progreso frente a formas primitivas de existencia.

El agente de tal progreso es la razón. La razón se ve como generadora de progreso frente a condiciones de vida difíciles y en buena parte hostiles. Obviamente, en esta comparación, la razón sale triunfante, por la serie de superaciones de las que somos conscientes. Es progreso frente a una comparación en algún sentido débil. Los problemas señalados no desaparecen porque haya habido progreso: aquí el progreso tiene que ser de la sociedad moderna comparada consigo misma, a saber, es necesario que esta civilización no mate a multitudes en la guerra y que no sea necesario recurrir a "justificaciones morales" para ir a la guerra; que el entorno no se vea altamente empobrecido por la contaminación, aunque la tecnología nos ofrezca la esperanza de hacerse cargo de los desechos; que los seres humanos puedan llevar a cabo vidas más ricas y que el precio de la libertad no sea la mecanización de otros aspectos o sectores de la existencia. Entonces, los grados de progreso podemos medirlos frente a metas más exigentes que en algún sentido también postula la racionalidad. De esa manera, se puede superar la condena romántica de la racionalidad y enfrentar la desorbitación de la racionalidad, que por su éxito en la superación de condiciones difíciles de la existencia, ha pasado a ser una fuerza dominante y excluyente de otras dimensiones humanas.

Por ello, en el replanteamiento que hace Pirsig de la tecnología y en su intento de una razón ampliada, se juzga equivocado que en la tecnología vayan disociadas la razón y los sentimientos, el que la tecnología no esté vinculada con cuestiones del espíritu y del corazón. Según Pirsig, una tecnología vinculada a la belleza, vinculada al arte como expresión creativa de una subjetividad, se reorientaría y dejaría de producir cosas feas y ciegas (p.149).

La racionalidad ha mostrado sus limitaciones porque todavía no ha dado con una respuesta a la

situación del sufrimiento implícito en la tecnología. Es parte del problema por ser una racionalidad restringida. Lo interesante es que la propuesta no es una renuncia a la racionalidad, no se declara la racionalidad en bancarota. Se la convierte en objeto de crítica y se sugiere que es preciso expandirla para que sea capaz de producir soluciones a problemas inéditos y a problemas que ha contribuido a generar. Es preciso, por ello, ver las carencias y los problemas generados para entender cuál es el origen de estos y para buscar soluciones a respuestas. Si los problemas surgen de una razón restringida, la solución los buscaría una razón ampliada⁴. La apuesta en favor de la razón se da porque no hay sustituto mejor. La razón puede ser limitada pero es lo mejor que se tiene. Se plantea aquí una autocrítica: es la razón que se examina a sí misma. La ampliación de la razón supone no excluir otras dimensiones importantes del ser humano. Solo nos queda ser racionales sin concederle a la razón más de lo que puede hacer pero sin restringirle sus posibilidades y repensándola a partir de sus límites para ampliar sus alcances. Solo se puede criticar a la razón a partir de ella misma (razón-metarazón).

La razón y la tecnología se replantearán a partir de la noción de calidad, eje central de la obra de Pirsig. A la luz de la calidad todo se modifica porque cambian los modos de ver y entender la realidad.

Respecto de la noción de "calidad", Pirsig comienza diciendo que se sabe qué es la calidad (p.163): porque distinguimos que unas cosas son mejores que otras, que una tecnología es mejor que otra, que una situación es mejor que otra -que poseen más calidad-; pero, por otro lado, no se sabe qué es porque no se la puede definir. La calidad se hace presente cuando valoramos, cuando calificamos.

Pirsig intenta vincular la definición con la existencia de aquello que se define, y todo ello como un rasgo importante de la racionalidad. Ahora bien, con decir qué es algo no se supone que exista, o la imposibilidad de decir qué es algo tampoco impide que este algo exista: "los conceptos más interesantes no pueden ser elucidados mediante definiciones explícitas"⁵. Podemos mostrar cosas con mayor calidad que otros. Además es posible pensar criterios de calidad que nos permitan hacer las comparaciones para juzgar tecnologías. En suma, podemos captar el uso del término y comprenderlo aunque no podamos definirlo.

La calidad escapa a la definición, pero esto no la hace irracional como en cierto momento pretende Pirsig (p.191).

Pirsig renuncia a definir la "calidad", pero propone una forma indirecta de mostrar su existencia. Aunque definir algo y mostrar su existencia son cosas distintas. Hay que insistir que Pirsig se equivoca al equiparar irracional con indefinido, aquí su crítica a la racionalidad no da en el blanco. ¿Cuál es la vía indirecta propuesta por Pirsig? La vía es la siguiente (p.193): ¿Qué le ocurriría al mundo que conocemos -se pregunta el autor- si se prescinde de la calidad? El mundo posible sin calidad sería muy distinto y no funcionaría normalmente. En un mundo sin calidad desaparecerían muchas cosas.

Podemos concebir mundos posibles sustrayendo cosas del mundo real; no obstante, aunque su funcionamiento varíe es posible que no se altere mucho (claro que todo dependerá de lo que sustraigamos). Por su lado, la alteración introducida por la ausencia de calidad transforma aspectos importantes del mundo. Tal mecanismo y sus consecuencias muestran no solo la existencia de la calidad, sino también su importancia. Sustraída la calidad, desaparecerían las bellas artes. No tendría sentido hablar de bellas artes, ni tampoco podrían hacerse las distinciones entre bueno y malo en relación con las artes. No habría diferencia entre una pintura y una pared vacía, ni entre una composición musical y el ruido producido por la aguja cuando resbala en un disco. Perdería sentido la poesía. Pirsig no explica por qué no se mantiene el humor si por otro lado, sí permanece la lógica. Aunque si nos fijamos bien las cosas que desaparecen son las que tradicionalmente no se consideran racionales y que, más bien, están vinculadas con la emoción y el sentimiento. El que el humor desaparezca coincide con esta posición de Pirsig, aunque también puede explicarse porque en mundo sin calidad no tiene mucho sentido la novedad, la sorpresa y la variedad que parece introducir el humor. También desaparecerían los deportes, ya que los resultados no medirían nada significativo, perdería sentido la distinción entre jugar bien, jugar mal y jugar mediocrementemente. Desapazaría el refinamiento de los productos, estaríamos reducidos a la sobrevivencia, bastaría vivir y no cabría vivir bien. La danza, el cine, las obras de teatro, las fiestas también desaparecerían, ya no habría diferencia entre la monotonía y la variedad. La tecnología, a su vez, sería diferente.

Empero, la ciencia, la filosofía y la lógica se mantendría inalteradas. Aquí me parece que Pirsig en su intento de criticar la racionalidad convencional exagera su afán crítico y no da en el clavo. Sin calidad no cabría distinguir entre teorías, hipótesis y experimentos alternativos, elegantes, armoniosos, perspicaces. Los criterios estéticos desaparecerían de la ciencia y la lógica. En lógica no podríamos hablar de una demostración elegante. Desaparecerían los criterios de valoración. Tampoco cabría quejarse de las consecuencias que pueden tener las posiciones filosóficas, posiciones que nos permiten valorarlas y aceptarlas o rechazarlas. Para ilustrar esto último con un ejemplo provisto por el propio Pirsig (p.126), se puede afirmar que la naturaleza del mundo es ilusoria; pero, tal posición no es indiferente (tiene consecuencias) en relación con acontecimientos cuya repercusión es grande y palpable por el dolor que causan. Afirmar que las bombas que cayeron sobre Hiroshima y Nagasaki fueron ilusorias, que la destrucción fue ilusoria no deja de ser chocante para cualquier persona con una metafísica menos encubridora. También podrían ser ilusorios otros males y sufrimientos. Pero cabe preguntarse si hay mucha diferencia, para quien lo experimenta, entre un dolor ilusorio y un dolor real. Es obvio, no obstante, que nadie se ve ilusoriadamente volatilizado o pulverizado, ni sufre destrucciones ilusorias.

En suma, cabe juzgar por su calidad a las ciencias, las lógicas y las filosofías. Por ello, si en el experimento imaginario de Pirsig se sustrae la calidad, también tales quehaceres se verían afectados. Las actividades donde más claramente se manifiesta la racionalidad también sufrirían o quizá también desaparecerían tal como las conocemos. La racionalidad no quedaría intocada. Quizá una de las ampliaciones importantes de la racionalidad es acoger y reconocer la calidad en su seno.

El mundo funcionaría, pero la vida sería aburrida, chata, que difícilmente merecería ser vivida: una vida sin calidad. Sería un vivir sin valores, ni objetivos. "La razón de que la belleza sea el más esparcido y fundamental de los altos valores, parece obvia. Si el proceso creativo no hubiera primero enriquecido nuestro planeta con belleza, no habría podido éste mostrar el camino hacia la verdad y la bondad moral porque en un mundo desprovisto de belleza, podemos tener poco incentivo para descubrir la verdad o para llegar a

ser buenos" ⁶. El parentesco del texto de Skutch con el de Pirsig es notable, bastaría sustituir el término "belleza" por el de "calidad".

Utilizando el método de Pirsig, quizá podría decirse otro tanto si sustrajéramos de la actividad racional la noción de "verdad", a saber, desaparecería una gran cantidad de actividades. En un mundo sin verdades se desplomaría el conocimiento común, el conocimiento científico, la exploración del entorno y la mentira. Sufriría la sociabilidad, ya que esta depende de un mínimo de verdades (información fidedigna). También sería muy distinto o quizás nos sea imposible imaginarnos un mundo posible sin la posibilidad de verdades.

La existencia de la calidad se muestra empíricamente -resume Pirsig- con objetos, ensayos, aparatos comparables; o mostrando que el mundo que conocemos sería muy diferente o no funcionaría tal como sabemos que funciona.

No lo hace Pirsig, pero también cabe imaginarse un mundo con más calidad que el que conocemos. Un mundo posible con mayor calidad sería también muy diferente y funcionaría de otra manera. No es muy difícil concebirlo. También habría cosas que desaparecerían, ya que un aumento de calidad supone una mejora en el funcionamiento. La calidad obliga a replantearse los esquemas conceptuales, intelectuales, a variar los enfoques.

Segundo momento de la calidad. La calidad no pertenece al mundo material (objetivo); tampoco pertenece a la mente (subjetivo). Es una tercera entidad independiente de las dos anteriores (p.213).

Ahora bien, si desaparecieran el mundo objetivo y el mundo subjetivo, es de suponer que nada quedaría; por ello, en lugar de una entidad independiente tiene que ver con la relación entre ambos mundos. "La belleza, al igual que otros valores, es el producto de la interacción de un generador de valor, tal como una flor, y un disfrutador de valor u órgano de apreciación tal como un espectador humano sensitivo" ⁷.

Contrariamente, en este momento (p.215) Pirsig plantea no ya la calidad como calidad de algo sino como el origen o la causa de las demás cosas, como arjé: "La calidad es la causa de los objetos y los sujetos que erróneamente se les presupone como causa de la calidad" (p.215). Dos problemas se presentan aquí: 1. si volvemos a hacer el experimento de sustraer la calidad, ya

no nos quedaría un mundo sin calidad que no funciona bien, sino que nos quedaríamos sin nada; con sustracción de la calidad eliminamos la fuente de lo existente; 2. por otro lado, si sustrajéramos lo subjetivo y lo objetivo, ¿qué sentido tendría seguir hablando de que queda la calidad? Un mundo posible de solo calidad-sin objetos y sin sujetos- es imposible de concebir. En un mundo posible sin objetos y sin sujetos no tendríamos ya un mundo. Por otro lado, si la calidad "surge" del encuentro de lo subjetivo y lo objetivo, esta no tiene por qué reducirse a uno o al otro. Este primer encuentro no es un momento elaborado, sino que es a partir de él se construyen los hechos. En otras palabras, los sujetos y los objetos de cuyo encuentro surge la calidad, son a su vez modificados por ella. De ahí que en conformidad con Pirsig y para salir del callejón sin salida, podemos decir que, una vez surgida, la calidad modifica, o causa, los objetos que identificamos y los sujetos que somos.

Porque consideramos (se nos aparece) bello el mundo es por lo que intentamos conocerlo. Si el mundo nos fuera indiferente no haríamos el esfuerzo por conocerlo. Recordemos que donde hay indiferencia no hay calidad, o la calidad está ausente. Según Pirsig, la calidad es un estímulo constante que el entorno nos pone (otra vez la idea de encuentro) para crear el mundo que vivimos. Es interesante, no obstante, tener presente que no toda creación del mundo es de igual calidad, o igualmente bella, atractiva, acogedora, hospitalaria. De aquí que quepa imaginarse un mundo donde la presencia de la calidad fuese mayor.

A pesar de la condición del arjé que le da el autor a la calidad al emparentarla con el Tao (p.226), surge la pregunta de por qué la gente discrepa en torno a la calidad. Pirsig sugiere que la diversidad de experiencias que cada uno tiene, hace que vea diferente a la calidad y cree "mundos" distintos. Esto parece mostrar que el sujeto no es indiferente ni es pasivo frente a la calidad. En este sentido podemos decir también que la calidad se cultiva.

El reconocimiento de la calidad y otras dimensiones, supone una ampliación y una revisión de la idea de razón, que previamente las excluía denominándolas irracionales. Pirsig considera que la exclusión de tales dimensiones muestra el desasosiego espiritual, la mala calidad y la condición caótica del siglo XX. Es preciso ampliar la razón

y profundizarla para que se percate de que la emoción, el arte, la literatura y otros discursos pueden incluirse en la racionalidad sin violentar su naturaleza.

Por otro lado, la desesperación tecnológica la asocia Pirsig a la ausencia del cuidado (involucramiento, esmero, atención) de parte de los tecnólogos y antitecnólogos. Aquí volvemos a una noción de "calidad" manejable: "el cuidado y la calidad son el aspecto interno y externo de la misma cosa. Una persona que capta la calidad y la siente en su trabajo es una persona que se involucra. Una persona que se involucra con lo que capta y hace es una persona destinada a poseer características de calidad" (p.247). La calidad vuelve a estar vinculada con el encuentro entre el sujeto y el objeto (su quehacer). Por ello, la desatención, la indiferencia y la prisa son ausencia de calidad.

Al haber ausencia de cuidado, no se capta la calidad; y, al no captarse la calidad, se produce desesperación. Los tecnólogos sin más no se relacionan de la mejor manera con la tecnología -lo hacen con descuido, sin suficiente esmero- y los antitecnólogos no reconocen las dimensiones de calidad en la tecnología. Ambas posiciones son defectuosas en su evaluación. También es claro que hay formas de tecnología de las cuales es sumamente difícil descubrir la calidad de que son portadoras: la tecnología perniciosa.

Reconocer la función de la calidad supone ver que no somos pasivos respecto de los hechos. El cuidado puesto es el que permite que los hechos se presenten o nos percatemos de los hechos pertinentes. En otras palabras, no hay hechos brutos. La superación del dualismo sujeto-objeto se da por medio del cuidado y la calidad. Por ello, la objetividad de la razón tradicional es inlograble si el observador, el científico, el mecánico no se involucran, no se interesan, porque los hechos no son dados, sino que son tomados, la percepción es selectiva, privilegia aspectos, o son contruidos.

El cuidado y la calidad hacen insuficiente e innecesario el dualismo sujeto-objeto. Aquí no tenemos la calidad dándoles origen a los sujetos y a los objetos, sino más bien mostrando las limitaciones de tal distinción cuando nos referimos, aunque no exclusivamente, a la tecnología. Precisamente se supera el dualismo cuando se trascienden los sentimientos de separatividad ("separateness") mediante el cuidado. En eso consiste el cuidado, en la identificación con lo

que se hace. Se supera el dualismo (la separatividad) mediante la fusión de naturaleza y espíritu humano (p.262). Es preciso un sentimiento de calidad del trabajo que se hace, un sentido de lo que es bueno, una valoración orientadora. Lo que se hace está cargado de valores y como tal ha de verse y aceptarse; la asepsia valorativa, las actividades libres de valores tienen que rechazarse (p.231) porque dejarían por fuera la calidad y no ayudarían a la superación de la desesperación tecnológica. El cuidado supone todo lo contrario.

La superación del dualismo asume una dimensión normativa: será otra nuestra relación con la tecnología y la tecnología que se produciría si tal dimensión se acepta. El dualismo (la separatividad, la falta de identificación) no deja surgir las dimensiones que modifican a ambos, sujeto y objeto. Esta noción de calidad, este sentimiento por el trabajo bien hecho, se le conoce en todo taller- nos dice Pirsig-.

Si la tecnología es una fusión de la naturaleza y el espíritu humano en una creación que los trasciende a ambos (p.262), es obvio que unas formas de trascendencia son mejores que otras. Pirsig no parece sugerir que cualquier forma tecnológica es equivalente a cualquier otra. Porque hay tecnologías que alientan más la cercanía, la familiaridad, el arte del mantenimiento; porque la trascendencia respecto de la naturaleza no entraña una destrucción de esta y porque la trascendencia respecto del espíritu humano no es negador de este. Por ello, no cabe la huida de la tecnología cuando notamos fisuras en la fusión de lo natural y lo humano en la tecnología. Claramente plantea el autor que el conflicto entre los valores humanos y las necesidades tecnológicas no se resuelve renunciando a la tecnología. Para ello es preciso una superación del pensamiento dualista que separa la tecnología del ser humano, la independiza hasta tal punto que es imposible reconocerse en ella. Ahora bien, la esfera tecnológica, lo artificial, lleva la huella de lo humano que es preciso recuperar.

Los objetos tecnológicos no producen por sí mismos soledad (p.323). No son la televisión, los aviones, las autopistas, las computadoras los causantes de la soledad de la gente. El problema según Pirsig yace en la tendencia de la tecnología a aislar a la gente en actitudes solitarias de objetividad. El mal está en la objetividad, en el pensamiento dualista que separa, aísla, porque excluye la identificación, el involucramiento. Por ello,

agrega Pirsig, quien sabe reparar motocicletas con calidad no estará exento de amigos. La tecnología, el saber reparar, puede ser una vía para superar la soledad por el involucramiento. Para ello es necesaria una razón vinculada a la calidad, superadora de los dualismos y de la razón tecnológica dualista con su tendencia a hacer aquello que es razonable aunque no sea bueno. Tal razón se pretende libre de valores. Semejante tendencia subyace todo el mal de nuestra tecnología (pp.323-324). Aquí parece plantear Pirsig lo que otros autores denominan el imperativo tecnológico y sugiere que no cualquier hacer tecnológico es equivalente. En este sentido, no es el objeto tecnológico, es la tendencia tras él la problemática, pero cabe decir que el objeto tecnológico puede ayudar a perpetuarla.

Para terminar, se puede decir que en última instancia cómo valoremos la tecnología, cómo nos relacionemos con ella, cuál dominio o forma de interacción se estimule, todo ello está relacionado con cómo conduzcamos la propia existencia. La forma cómo se vive es decisiva para evitar las trampas en el camino hacia la realidad:

"La paz mental produce los valores correctos, estos producen los pensamientos correctos. Los pensamientos correctos producen las acciones correctas y las acciones correctas producen obras que serán la reflexión material que otros verían que la serenidad fue el centro de todo" (p.292).

Lo interesante del enfoque de Pirsig es que apunta a la relación de la tecnología con la vida y la vida con la tecnología, no es una visión desde fuera que se limita a evaluar impactos, sino que busca penetrar y rescatar la huella humana un tanto desdibujada por no prestarle atención a la presencia o la ausencia de calidad. En un mundo posible a la Pirsig tendríamos sin duda una tecnología menos destructiva de la naturaleza y formas más ricas de convivencia, una tecnología que no se restringe a ser mero instrumento, donde se haya integrado la dimensión de *techné* y la belleza no sea ajena ni agregado. Posiblemente se planearía una tecnología que los usuarios pueden reparar con esfuerzo, entusiasmo e involucramiento, tecnología que no sería objeto de rechazo. Claro que puestos ante dos tecnologías alternativas Pirsig no provee criterios concretos, solo líneas generales de orientación.

En tal mundo ya no se culparía a los frutos del quehacer humano por sus efectos, sino que se les evaluaría a la luz de la concepción de racionalidad que los hizo posible. Una razón ampliada que dé cabida a la calidad y a los valores, y que no los remita a lo irracional, posiblemente no sea la solución a todo pero en todo caso es un experimento digno de realizarse sobre todo si se tiene en cuenta que: "la motocicleta sobre la que se trabaja es una moto (tecnología) llamada uno mismo. La máquina que parece estar "allí afuera" y la persona que parece estar "aquí dentro" no son dos casos separados. Ambas crecen juntas hacia la calidad o se alejan juntas de ella (p.293).

Notas

1. Todas las referencias a la obra de Pirsig han sido tomadas de Pirsig, Robert M. *Zen and the Art of*

Motorcycle Maintenance. New York: Bantam Books, 1989.

2. "De ser posible, la manipulación de una máquina cualquiera ha de resultar clara como el agua para quienes han de utilizarla. Podemos ayudar a conseguirlo por medio del diseño y empaquetado de la misma, y por medio de la educación de los usuarios. El corolario, un corolario importante, es que cualquier máquina debería poder ser reparada por el propio usuario." Goodman, Paul. *Ética, Ciencia y Tecnología*. Cartago: Editorial Tecnológica, 1991:47.

3. Morin, Edgar. *Ciencia con consciencia*, Barcelona: Anthropos, 1984:92.

4. Véase "Incompleta racionalidad, racionalidad completa". *Ciencia, responsabilidad y valores*. Cartago: Editorial Tecnológica, 1985: pp. 79-88.

5. J.J.C. "Time". *Encyclopedia of Philosophy*. Vol 7-8 New York-London: Macmillan-Collier Macmillan, 1967:126.

6. Skutch, Alexander F. *El ascenso de la vida*. San José: Editorial Costa Rica, 1991: pp. 212-213.

7. Skutch, *Ibid* p.217.

Edgar Roy Ramírez B.
Instituto de Investigaciones Filosóficas
Escuela de Filosofía
Universidad de Costa Rica